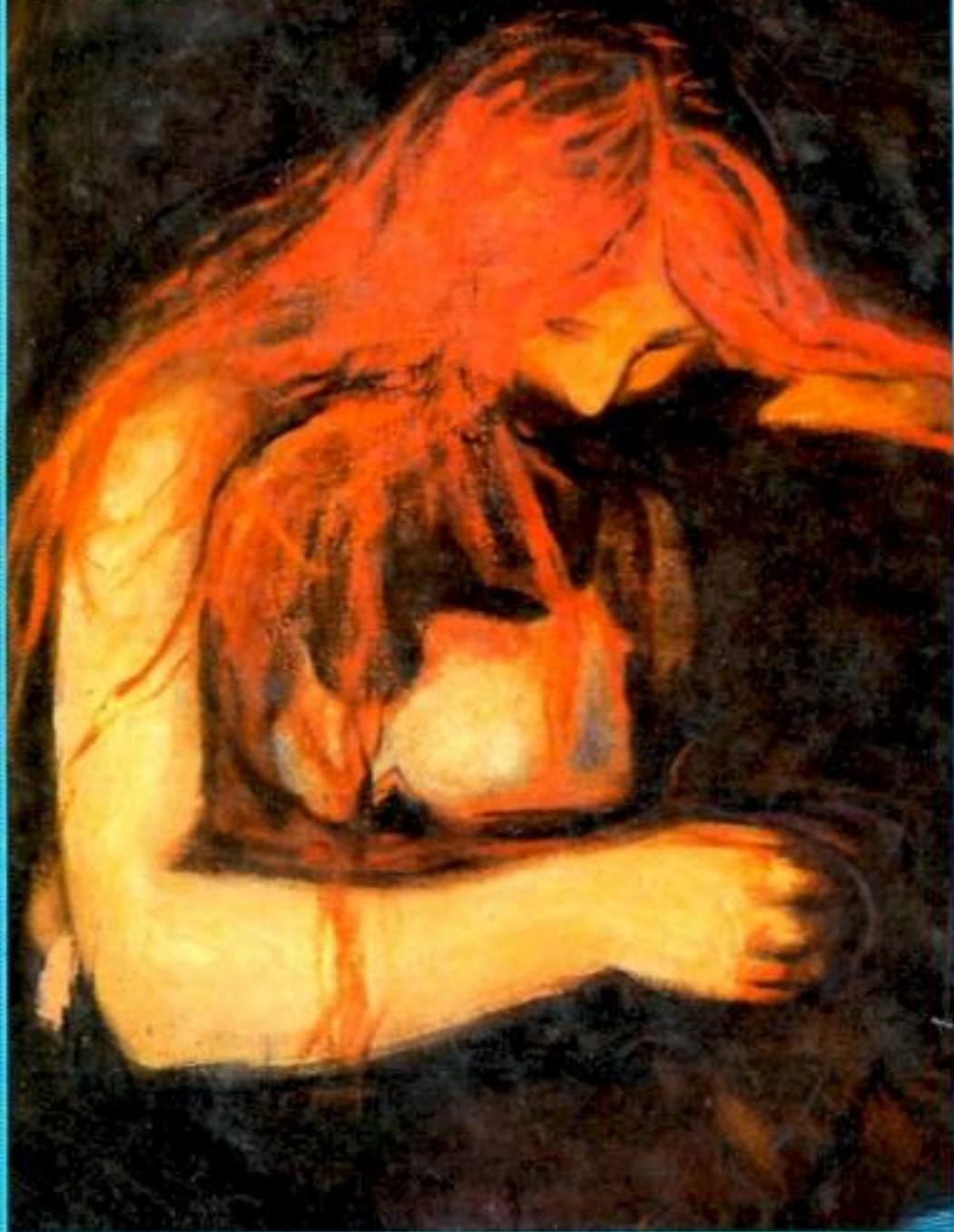


VAMPIROS



La figura del vampiro pertenece al imaginario universal, casi como un arquetipo junguiano que esté vinculado al ser humano desde el principio de nuestra existencia.

Ésta es una de las más completas antologías sobre vampiros que se haya realizado y publicado en español, reuniendo en un solo libro, y con un vehemente prólogo/epílogo de Jacobo Siruela, un conjunto de relatos del siglo XIX hasta los comienzos del XX que plasman toda esa subcultura que ha nacido de las leyendas y mitos que tanto atraen con esa mezcla de lo prohibido, que nos turba pero al mismo tiempo resulta irresistible.

Bela Lugosi en Drácula (1931), de Tod Browning

*A Joan Perucho,
él sabe por qué.*



PEQUEÑAS CONSIDERACIONES VAMPIROLÓGICAS

I

EL MONSTRUO DE CERCA

Solamente que te esfuerces a no comer sangre, porque la sangre es el ánimo y no has de comer el ánimo juntamente con su carne.

Deuteronomio, XIII-23; La Biblia del Oso.

NADIE puede negar la poderosa atracción que ejercen los vampiros sobre la imaginación humana: sus ojos hipnóticos que exploran la noche, su boca entreabierta y cortante sedienta de sangre... Todos hemos visto alguna vez su imagen y la reconocemos, aunque sólo haya sido por la televisión a través de alguna grotesca y deliciosa caricatura. No importa. Por muy al fondo que quede, su fuerza permanece pese a todo, porque sigue representando todo *aquello* que la razón rechaza y la moral condena, aquello que, consciente o inconscientemente, entra dentro de «lo prohibido», y debe olvidarse. De ahí su poder fascinador —mezcla de horror y atracción— y su energía transgresora capaz de sintetizar nuestro miedo más ancestral a la muerte y de remover a la vez nuestros más oscuros deseos: la sangre.

¿De dónde provienen los vampiros? Los testimonios más antiguos hay que buscarlos en los primitivos demonios femeninos. En la tradición hebraica tenemos a Lilith, de ori-

gen asirio-babilónico: figura alada, de cabellos largos y revueltos, cuyo cuerpo desnudo a veces acaba en forma de serpiente; libidinosa con los hombres, suele arrancar los recién nacidos a las madres para beber su sangre, comer su carne y sorber la médula de sus huesos.

Encontramos monstruos semejantes en la tradición griega: las estriges, hijas de las harpías, espantosas pajarracas ávidas de sangre humana, con ojos inmensos, pico curvo, garras retorcidas y cuerpo cubierto de plumas blancas; la lamia, insomne en su acecho y ávida de carne humana; o las empusas, malignas seductoras, de las que Filóstrato nos refiere que «acostumbraban a comer cuerpos hermosos y jóvenes porque la sangre de éstos es pura». Existen noticias de vampirismo en casi todas las latitudes y culturas: Babilonia, India, China, Japón, Indonesia...

No vamos a detenernos en ellas porque, aunque el origen del vampiro se encuentre en las antiguas demonologías de Oriente y Occidente, poco tiene que ver lo que hoy reconocemos por *vampiro* con todas estas zoologías infernales. Nuestro vampiro, por así decirlo, no es ningún demonio de morfología animal; no tiene garras sino uñas largas, no tiene alas (máxime una capa) y su cara es del todo humana, demasiado humana quizá. Lo primero que haremos es acercarnos a él y conocer más de cerca sus rasgos, y para ello lo mejor es comenzar contemplando su imagen preliteraria; aquella que emerge directamente de las tradiciones y supersticiones populares eslavas y que Montague Summers ha recogido en su obra *The Vampire: His Kith and Kin*: «Por lo general se describe al vampiro como extremadamente flaco y encorvado, de horrible rostro y ojos en los que reluce el fuego rojo de la perdición. Cuando ha saciado su apetito de cálida sangre humana, su cuerpo parece horriblemente hinchado y harto, como si fuese una enorme y gorda sanguijuela a punto de reventar. Frío como el hielo, o febril y ardiente como una brasa encendida, la piel tiene la palidez de la muerte, pero los labios están abultados, in-

flados y rojos; los dientes blancos y brillantes, y los colmillos que hinca profundamente en el cuello de sus víctimas para chuparles el flujo vital que reanima su cuerpo y vigoriza todas sus fuerzas aparecen sensiblemente afilados y puntiagudos».

No es común toparse con una imagen tan asquerosa y degenerada del vampiro, pero este primer impacto es suficiente para saber rápidamente frente a quién nos encontramos. Acostumbrados como estamos a las descripciones poetizadas de la literatura, olvidamos fácilmente su verdadero carácter, que proviene cruda y directamente de las supersticiones. Ornella Volta presenta una imagen aún más primordial en su célebre libro *Il vampiro* (1962). Según esta autora, los vampiros difieren de acuerdo con las regiones, pero todos ellos tienen ciertas características comunes:

- Rostro delgado de una palidez fosforescente.
- Abundante y espeso pelo en su cuerpo, cuyo color suele ser rojizo, como el vello de las palmas de sus manos.
- Labios gruesos y sensuales que encubren sus agudos colmillos, cuya mordedura tiene poderes anestésicos.
- Uñas extremadamente largas.
- Orejas puntiagudas igual que los murciélagos.
- Aliento nauseabundo.

¿Son éstos los abuelos de Drácula? Sin duda que sí. Bram Stoker sigue las dos tradiciones, la literaria y la del folklore. De un lado, atribuye a su personaje todos los rasgos aristocráticos que provienen del byroniano lord Ruthven de John William Polidori; de otro, conocía a fondo las tradiciones rumano-húngaras, de ahí que bajo el aura romántica de los castillos decrepitos y las estirpes malditas brillen también los mismos rasgos de las supersticiones rurales de las que habla Ornella Volta.

Según Stoker, Drácula «tenía el rostro fuertemente aguilucho (...) la frente alta y abombada, y el pelo ralo en las sienes, aunque abundante en el resto de la cabeza. Sus cejas, muy espesas, casi se juntaban en el ceño y estaban formadas por un pelo tupido que parecía curvarse por su misma profusión. La boca (...) era firme y algo cruel, con unos dientes singularmente afilados y blancos; le salían por encima del labio, cuyo notable color rojo denotaba una vitalidad asombrosa en un hombre de sus años. Por lo demás sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas en la parte superior. La impresión general que producía era de una extraordinaria palidez».

Un detalle que se pasa por alto es el de sus manos. En un principio a Jonathan Harker le habían parecido blancas y finas, pero al verlas más de cerca no pudo por menos de «observar que eran ordinarias, anchas, con unos dedos cuadrados. Cosa extraña: tenía vello en las palmas. Sus uñas eran largas, finas y puntiagudas».

El aura trágica y el aspecto siniestro de Drácula no son precisamente atractivos. Según Stoker, el roce de sus manos produce estremecimiento, su aliento es fétido y puede «invadirnos una espantosa sensación de náusea», lo cual no hace más que recordarnos la imagen arquetípica del folclore.

La vampira, en cambio, no pierde ninguno de sus encantos. Es delgada y de formas armoniosas, melancólica, inquietante, pero terriblemente voluptuosa. Sus ojos generalmente son negros, su cabellera larga y suelta sobre los hombros; su boca fina y fría como la muerte, y sus dientes largos y afilados como dos lanzas o dos alfileres.

Uno de sus retratos más frescos y delirantes se encuentra en *La muerta enamorada*. En el relato de Gautier, Clarimonda revive de la muerte gracias al beso de un jovencito sacerdote recién ordenado. Desde el primer momento las

fantasías se desatan: «La cortesana Clarimonda ha muerto recientemente —nos cuentan— tras una orgía que duró ocho días y ocho noches». Pálida, semidesnuda, con el pelo suelto, parece haber conservado todos los encantos de su coquetería. Otra cosa es ante el hallazgo de cualquier herida: entonces, mostrando su feroz y salvaje deseo, se abalanza sobre ella, y empieza «a chupar con una voluptuosidad indescriptible»...a pequeños sorbitos, lentamente, mientras entorna los ojos... «Una gota roja, un rubí en la punta de mi aguja», exclama en un arrebatado de cursilería mientras su amante finge estar durmiendo en su regazo. Y continúa diciendo: «Duerme, mi bien, mi dios, mi niño, no te haré ningún daño, sólo tomaré de tu vida lo necesario para que no se apague la mía».

A pesar de su indudable seducción, los vampiros representan la inminente amenaza de la muerte; pero aun así todas sus víctimas parecen caer rendidas ante el magnetismo de su hechizo sexual. Como si quisieran hacernos olvidar que son muertos vivientes; al fin y al cabo son seres que al moverse imitan la vida y se alimentan de ella a través de la sangre; pues la sangre es el único alimento que necesitan para satisfacer y perpetuar su repugnante existencia.

II

LA EPIDEMIA

Todo lo que tenemos que hacer es seguir las tradiciones y las supersticiones... porque estas dos cosas —la tradición y la superstición— lo son todo.

Drácula, BRAM STOKER

EN el siglo XVIII el vampiro aún no es una figura literaria propiamente dicha, sino algo que produce mayor inquietud. Las circunstancias que motivan su nacimiento en la escena europea están marcadas por la superstición; precisamente en la época del risueño escepticismo racionalista, el vampiro representa más que nada la metáfora de la epidemia, de la peste.

El mismo Voltaire, que denunciaba la superstición como el peor azote de la especie humana, no podía evitar que el temor histérico hacia los casos que se proclamaban en los países de Europa oriental llegara hasta las tertulias de París. Se hablaba de una nueva epidemia desconocida hasta entonces en la que, por diversas razones, cree temer o teme creer gran parte de la sociedad europea.

«En este siglo», escribe Dom Agustín Calmet en su célebre *Tratado sobre los vampiros*, París 1746, «desde hace alrededor de unos sesenta años, una nueva escena se ofrece a nuestra vida en Hungría, Moravia, Silesia, Polonia: se ven, dicen, a hombres muertos desde hace varios meses, que vuelven, hablan, marchan, infestan los pueblos, maltratan a los hombres y los animales, chupan la sangre de sus prójimos, los enferman, y, en fin, les causan la muerte; de suerte que no se pueden librar de sus peligrosas visitas y de sus infestaciones, más que exhumándolos, empalándolos, cortándoles la cabeza, arrancándoles el corazón o quemándolos. Se da a estos revinientes el nombre de upiros o vampiros, es decir, sanguijuelas, y se cuentan de ellos particularidades tan singulares, tan detalladas y revestidas de circunstancias tan probables, y de informaciones tan jurídicas, que uno no puede casi rehusarse a la creencia que tienen en esos países, de que los revinientes parecen realmente salir de sus tumbas y producir los efectos que se les atribuyen».

Estas «epidemias» ocurrieron principalmente en Istria (1672), en el este de Prusia (1710 y 1721), Hungría (1725-1730), en la Serbia austríaca (1725-1732), otra vez en Prusia (1750), Silesia (1755), Valaquia (1756) y en Rusia (1772). Según se desprende de todos estos informes, todos los casos tienen nombres propios y su investigación ha sido encargada por distintos estados a hombres de su confianza. El ejemplo que llegó a ser más conocido ocurrió, según se testifica, en Medvegia, cerca de Belgrado. La histeria colectiva se apoderó de todo el pueblo hasta alcanzar tal magnitud que el gobierno austríaco, cuyo ejército en aquel tiempo había ocupado la mayor parte de Serbia, se vio obligado a intervenir. En diciembre de 1731 una orden firmada por el Emperador abre una investigación sobre los casos de vampirismo. El oficial encargado de llevarla a cabo es médico y se llama Johannes Fluckinger. Éste interroga con escrupulo a los vecinos de la localidad y en particular a una compañía de bandidos serbios mercenarios llamados *heyduks*. La declaración de éstos es unánime. Todos afirman lo mismo: «... cinco años antes un *heyduk* de la zona, llamado Arnold Paole, se rompió el cuello, cayéndose desde un carro de heno. El citado Paole había referido a varias personas que años antes había sido mordido por un vampiro en Crossowa, en la Serbia turca (...) Por eso mismo comió tierra tomada de la tumba de un vampiro, y bañó sus heridas con la sangre del vampiro (como era la costumbre) para “limpiarse” de su maldita influencia. En cualquier caso, veinte o treinta días después de su muerte, varias personas se quejaron de que el citado Arnold Paole había vuelto para atormentarlos, y que había causado las muertes de otras cuatro. Para poner fin a este peligro, su *heyduk* sugirió desenterrar al vampiro: lo que fue debidamente hecho cuarenta días después de su muerte, y fue encontrado en perfecto estado de conservación. Su carne no se había descompuesto, sus ojos estaban llenos de sangre fresca que también brotaba de su nariz y oídos y manchaba su camisa y su su-

dario. Las uñas de sus manos y de sus pies se habían caído, como su piel, y otras habían crecido en su lugar, por lo que se concluyó que se trataba de un verdadero vampiro. Así, de acuerdo con la costumbre de aquellas regiones, le atravesaron el corazón con una estaca. Pero, mientras esto estaba sucediendo, dio un gran grito y una enorme cantidad de sangre brotó de su cuerpo. El cuerpo fue quemado el mismo día y las cenizas esparcidas en la tumba. Pero la gente de aquel lugar clamaba que todos aquellos que habían sido víctimas del vampiro se convertirían en vampiros al morir. Es por eso por lo que se decidió ejecutar a los cuatro cadáveres ya mencionados de la misma manera». A continuación se relatan los casos de diecisiete personas que habían comido carne de algún animal infectado por el mordisco fatídico y habían muerto sin enfermedad previa; también varias mujeres murieron a causa de mordeduras en el cuello, lo mismo que un niño de ocho años, y se les encontró en sus tumbas después de meses en estado vampírico.

Como era predecible, este detallado informe causó sensación en su época, y el mismo año de su publicación, en 1732, aparecería en Leipzig una versión barata de la historia de Arnold Paole que fue un *bestseller*. La historia también tuvo su eco en Inglaterra y varios periódicos publicaron diferentes traducciones, adaptaciones y artículos al respecto. Según Horace Walpole, el rey Jorge II de Inglaterra no tenía duda de la existencia de los vampiros, y hasta Luis XV de Francia se tomó el interés personal de ser informado al respecto.

Cuando en 1702 Tournefort, botánico de Luis XIV, publicó su *Viaje a Levante* y daba cuenta, aunque irónicamente, del relato de un campesino sobre un caso de vampirismo sucedido en la isla de Mikonos, pocas personas habían reparado en esa curiosa narración que un siglo después sería

tan comentada. La polémica sobre los vampiros comenzaría a extenderse a partir del informe sobre Arnold Paole. Desde 1732, en Francia, se publican al menos doce tratados y cuatro disertaciones sobre el tema, el mayor de los cuales es indiscutiblemente el del benedictino francés Dom Agustín Calmet, al que el padre Feijoo dedica una de sus cartas eruditas. Las razones que se dan al fenómeno Paole son de diversa índole: argumentos teológicos que atribuyen el prodigio a «la obra de Satán»; explicaciones «científicas» que aclaran la incorruptibilidad de los cuerpos relacionándola en unos casos con ciertas condiciones del suelo que retardarían la corrupción, o en otros con la catalepsia, plagas de gérmenes desconocidos, o sencillamente como simples efectos de la superstición popular. En algún momento el debate envuelve a las figuras más preclaras de la Ilustración como el marqués de Argens, Diderot, Voltaire o Rousseau.

Voltaire, en el suplemento de su *Diccionario filosófico* exclama: «¿Qué, vampiros en nuestro siglo XVIII? Sí... en Polonia, Hungría, Silesia, Morada, Austria o Lorena. No se ha hablado de vampiros en Londres, ni siquiera en París. Admito que en estas dos ciudades han existido especuladores, recaudadores de impuestos y hombres de negocios que chupan la sangre del pueblo a plena luz del día, pero no estaban muertos (aunque estuvieran lo suficientemente corruptos). Estos auténticos chupadores no vivían en cementerios: preferían lugares hermosos...», y concluye: «Los reyes no son, hablando con propiedad, vampiros. Los verdaderos vampiros son los eclesiásticos, que comen a expensas de ambos, del rey y del pueblo».

A Rousseau, que no pensaba de forma muy diferente a Voltaire, no le interesaba tanto como a éste zanjar el asunto con el extendido argumento de la superstición; sobre todo le importaba la cuestión de por qué el vampiro representaba un miedo popular tan arraigado, y para él concernía a los filósofos «buscar las causas que pueden producir he-

chos tan poco acordes con la naturaleza». Como Calmet, aunque por muy diferentes razones, mantenía una opinión imparcial frente a los testimonios de las epidemias. En su carta a Christophe de Beaumont, Arzobispo de París, escribe: «Si alguna vez ha existido en el mundo una historia garantizada y demostrada, es la de los vampiros. No falta nada: informes oficiales, testimonios de personas dignas de crédito, médicos, sacerdotes, jueces; existe toda clase de pruebas». «Aunque, a pesar de ello, enséñame un sólo hombre de sentido», precisa en su libro cuarto de *Émile*, «que crea en vampiros o que se digne tomarse el trabajo de averiguar la falsedad de los hechos».

A Rousseau no le interesaban tanto las pruebas o las refutaciones sobre vampirología como el sentido mismo de la superstición; su preocupación era mostrar las sutilezas eruditas de las que se servía la religión —como en el caso del tratado de Calmet— para ayudar a mantener la sumisión popular a los agentes del Dios Omnipotente.

Los puntos de vista de Rousseau, de Voltaire y de los demás ilustrados, a pesar de intentar mostrar la superioridad de Francia frente a la superstición popular de otros países, se perderían en los periódicos de su tiempo mezclados, como es lógico, entre otras opiniones de distinta índole, como la de los creyentes en el mesmerismo, magnetismo y ocultismo dieciochescos. Calmet tenía razón al afirmar en su prefacio que cada siglo, cada país «tiene sus preveniones, sus enfermedades, sus modas, sus inclinaciones que los caracterizan y que pasan y se suceden las unas a las otras», y que, además, «lo que ha parecido admirable en un tiempo, se convierte en lamentable y ridículo en otro».

Igualmente podemos decir nosotros que los testimonios y controversias del XVIII sobre vampirismo, a nuestros ojos de hoy, no son más que pintorescas curiosidades del pasado; pero aunque lo parezcan, no son del todo inocentes ya